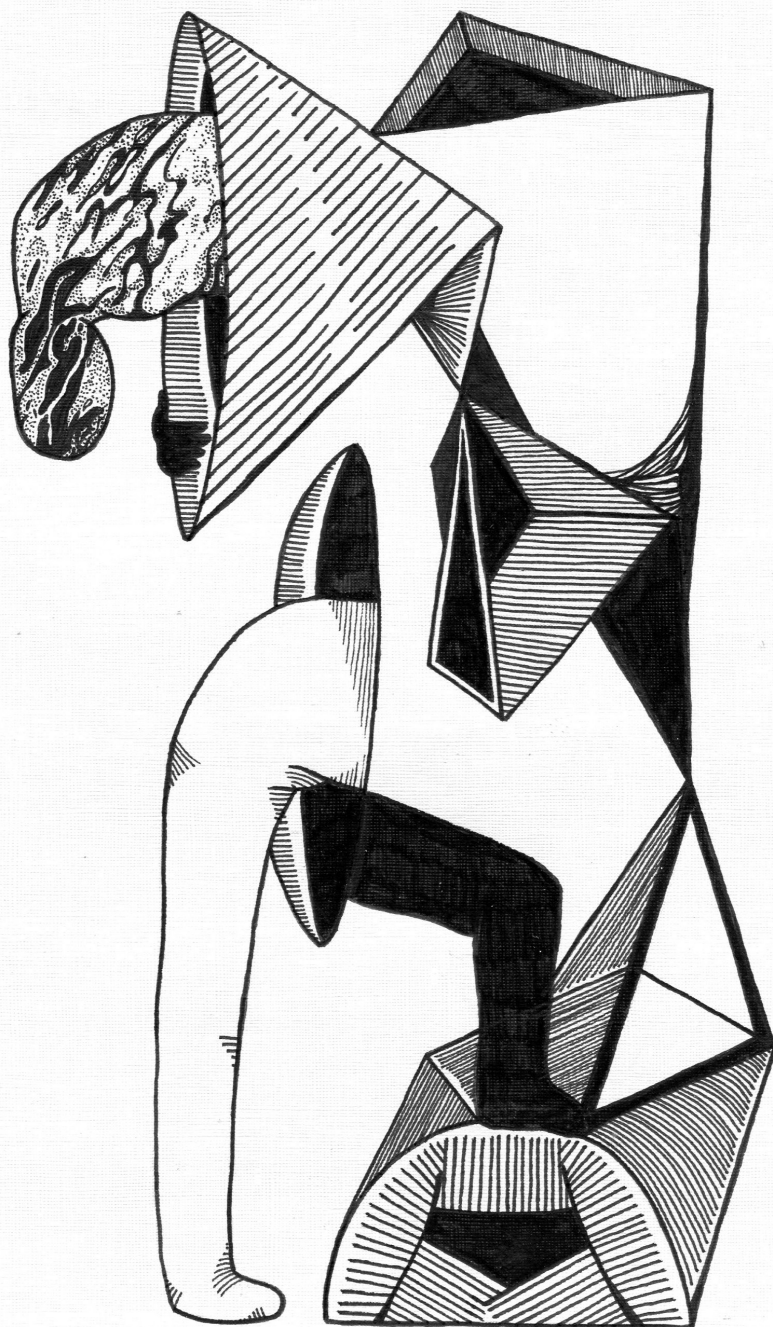


# CANTERA

revista literaria - número 3 - septiembre 2014



LITERATURA FANTÁSTICA

# FANTÁSTICA

En esta oportunidad *Cantera* se propone jugar con lo real, horrorizar al lector y darle cuerda a la ciencia ficción. Los narradores y poetas serán los encargados de llevarnos a través de encuentros, momentos, devastaciones y encierros que creemos imposibles.

El contenido de esta edición quiere sacar al lector de la caja de lo cotidiano, mostrarle lo posible de lo increíble y enseñarle escenarios que se salen de este mundo.

Queremos llegar a lo fantástico a través de las palabras.

# CANTERA

Revista Literaria

Número 3 - Septiembre 2014

[www.revistacantera.com](http://www.revistacantera.com)

@revistacantera

## **Editor principal**

Alejandro Arturo Martínez

## **Editor adjunto**

Gabriela La Rosa

## **Portada**

José Miguel del Pozo

## **Correcciones**

Miguel Ortiz

## **Diagramación**

Alejandro Arturo Martínez

# SUMARIO

- 6  
**Perros**  
Claudio Cerdán
- 7  
**La témpera de los venados**  
Zakarías Zafra
- 8  
**Caballo de Troya**  
Moisés Santana Castro
- 9  
**Entrevista a David Roas**
- 12  
**Duplicados**  
David Roas
- 16  
**Renard y los problemas del vidrio**  
Enza García
- 18  
**Una niña llora y nadie sabe por qué**  
Fernando Vanegas
- 21  
**Poemas**  
Leonardo Alezones Lau
- 22  
**Poemas**  
María Jesús Camus
- 23  
**Poemas**  
María Fernanda Toro

# COLABORADORES

**Claudio Cerdán** (España, 1981) ha publicado novelas de género negro y fantástico, entre ellas *El país de los ciegos* (2012), *Cien años de perdón* (2012), *El Dios de los mutilados* (2012) y *Un mundo peor* (2014).

**Zakarías Zafra** (Venezuela, 1987) es gestor cultural, músico y colaborador de distintos medios impresos y digitales. Ha escrito los libros *Quinquenio* (2009), *El bemol de los latidos* (2011) y *Blanda intuición de párpados* (2014).

**Moisés Santana Castro** (República Dominicana, 1984) es psicólogo y coordinador del grupo “La Fundación: narrativa de ciencia ficción y fantasía”. Obtuvo el Premio Jaime Colson por su colección de relatos de ciencia ficción *El circo*.

**David Roas** (España, 1965) es escritor y profesor de Teoría Literaria y Literatura Comparada en la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha publicado libros de narrativa tales como *Distorsiones* (2010) y *La estrategia del koala* (2013); al igual que ensayos tales como *Teoría de lo fantástico* (2001) y *Tras los límites de lo real. Una definición de lo fantástico* (2011).

**Enza García** (Venezuela, 1987) es narradora y poeta. Ha publicado los libros de cuentos *El bosque de los abedules* (2010) y *Plegarias para un zorro* (2012). Algunos de sus relatos han sido incluidos en diversas antologías y revistas.

**Fernando Vanegas** (Venezuela, 1993) obtuvo el Premio Nacional Universitario de Literatura por su libro de cuentos *Para leer mientras acaba la fiesta* (2014).

**Leonardo Alezones Lau** (Venezuela, 1983) es poeta y artista plástico. Ha publicado los libros *Arcada* (2008) y *Amalivaca* (2012). Incursiona también en el periodismo cultural.

**María Jesús Camus** (Chile, 1990) es licenciada en Artes Escénicas. Ha publicado el poemario *Hambres* (2014).

**María Fernanda Toro** (Venezuela, 1991) está por culminar la carrera de Letras en la Universidad Central de Venezuela. Ha escrito el poemario inédito *La precisión de la despedida*.

**José Miguel del Pozo** (Venezuela, 1985) es artista e ilustrador. Ha realizado diversas exposiciones y ha obtenido distintos reconocimientos por la misma. La portada de este número es de su autoría.

# PERROS

CLAUDIO CERDÁN

Todo sucedió muy deprisa. En televisión dijeron que no había nada de qué preocuparse y unas horas después habíamos perdido la guerra.

Llegaron sin avisar, en mitad de un estallido de luz. Algunos pensaron que se trataba del fin del mundo, del Apocalipsis de la Biblia, y los esperaron de rodillas con una oración en los labios. Fueron los primeros en morir.

Al resto, a los que no nos resistimos, nos esperó una vida de esclavitud.

En las películas de ciencia ficción, las invasiones extraterrestres tenían motivos de conquista. Nos imaginábamos a nosotros mismos subyugados por una raza superior en tecnología e intelecto. Qué inocentes éramos...

Mi estado actual es el de mera mascota. Suelo permanecer encerrado en una sala de paredes blancas, desnudo, solo. Tengo que cagar en un cubo y como alimento me sirven una especie de papilla verdosa. Un collar de hierro es mi única posesión. De vez en cuando aparece mi carcelero. Es una esfera de luz blanca que flota en el aire. A veces se acerca a mí y siento la electricidad estática recorriendo todo mi pellejo.

Con el tiempo he aprendido el extraño sistema de comunicación de esos seres. En realidad es bastante sencillo. Si la esfera cambia a luz verde, no hay nada que temer. Si está de color rojo, escóndete donde puedas.

En ocasiones salimos al exterior, a las ruinas de nuestra civilización. Una fina línea lumínica me ata a mi secuestrador, dándome una libertad de apenas unos cuantos metros. A veces nos encontramos con otros seres humanos, todos en la misma situación que yo. El otro día nos cruzamos con el presidente, aquel elegante hombre trajeado que nos aseguró que no teníamos nada que temer. Al muy imbécil lo habían castrado.

Gracias a estos paseos he llegado a la conclusión de que nos han separado por razas e idiomas. Los obesos por un lado, los deportistas por otro, mujeres lejos de los hombres.

Observo mi pene con lástima. La única vez que intenté masturbarme apareció la esfera roja y casi muero electrocutado. Entendí el castigo, entendí por qué conservo mi aparato sexual.

Hoy han traído a una chica. Es una niña, apenas quince años. Está tan desnuda como yo. Se agazapa en una esquina, asustada, gritando en un idioma que no comprendo. Al contrario que ella, he aceptado mi nuevo status y aprecio mis privilegios. Sé que debo aparearme con ella. Será brutal y doloroso, pero es lo que esperan de mí.

Mientras copulamos, aparecen varias esferas que contemplan el espectáculo. En esta ocasión, todas tienen una luz azulada. Me pregunto qué significará.

# LA TÉMPERA DE LOS VENADOS

ZAKARÍAS ZAFRA

Ella estaba ahí. Todos sus hijos la rodeábamos. Sufría, gemía lanzando un eco estéril pero amplísimo, como de salutación de ángel. Una inmensa estría la dividía en dos hemisferios. Un camino rojizo con cientos de peldaños en carne viva la atravesaba, desde la comisura de los senos hasta más allá del portal abigarrado de su vagina.

Creíamos que estaba embarazada, pero fue en el equinoccio de otoño y su vientre se llenó de aire y vacíos. Sí, vacíos plurales, recipientes de soledad, compañías de urnas y fosas que emiten silbidos al ser atravesados por la materia halitosa de los vientos.

Estaba atardeciendo. Estoy segura. Aquella sustancia viscosa que salió de su vulva era cromáticamente idéntica a la que se dibujaba en el cielo. Todos esperábamos curiosos. Mamá susurraba, sufría. Un hombre que no supe reconocer se le acercaba y le lamía la frente. Otro, mucho más pequeño, le acordonaba los dedos de los pies con un tejido parecido al cuero. Entonces ella gritó. Lanzó un interminable quejido que nos chorreó la sangre. Los hombres salieron corriendo y ella despertó.

—¡Talitá, kum!— exclamó una voz sudorosa oculta en una de las pimpinas que tenía mamá para los días de sopor.

Ydespegó sutroncodelacama, quedando en una insólita postura suspendida, pero horrendamente gravitacional. Se

apagó la luz. Oscurecía. Volvió a dormirse.

Un hombrecillo entró por la ventana montado sobre un venado y desenvainó una navaja afiladísima frente al cuerpo. Nos pidió silencio, a lo cual accedimos porque de cualquier forma no podíamos emitir palabra, y con toda su fuerza le clavó la cuchilla en la boca del estómago, dándole vueltas como dibujando una runa o un petroglifo de alguna tribu extraviada en los silencios de la historia.

El enano abrió en dos el abdomen de mamá y extrajo de ella algunas cuerdas, unos tejidos similares a las redes de pesca, unas hamacas con estampados amerindios y un conglomerado de tierra y glucosa que en nada podía parecer un sistema intestinal. Guardó todos aquellos artefactos en una bolsa de terciopelo en el lomo del venado y se introdujo dentro de su barriga.

—¡Talitá, kum!— volvió a gritar la voz ahora con un tono de nodriza y sonaron las pezuñas del venado saliendo por la ventana.

Volvió a atardecer, como si de nuevo surgiera la noción del tiempo, y nos preguntamos si así había sido el nacimiento de cada uno de nosotros, si nos unía algo más que el condicionante aturdidor de la sangre, o si ese nuevo hermano que venía había sido producto del rito esotérico del sexo o partícula eyectada de una fabulación infantil (cigüeña o venado) que a razón de nuestra erudita desesperanza, vendría a ser casi lo mismo.

# CABALLO DE TROYA

MOISÉS SANTANA CASTRO

**D**os años de profunda exploración en la superficie de Marte habían arrojado la inapelable conclusión. “No se ha detectado ningún tipo de vida en la superficie del planeta”, decía el informe oficial, al final de una larga y confusa retahíla de consideraciones técnicas. Así terminaba esa etapa de la exploración, que por lo pronto se extendería a todo el Sistema Solar.

El doctor Elijah Smith, renombrado biólogo escogido para la misión, fue uno de los tres expedicionarios que disfrutaron de tocar el suelo marciano para fines investigativos y por simple curiosidad. Aquel planeta era tan cálido, tan reconfortante, tan agradable a pesar de lo árido y escarpado..., que parecía recibir sonriente a sus visitantes.

Ahora estaban retornando a la Tierra por primera vez en meses. La primera nave de la expedición que tocó tierra fue la del doctor Smith. Él fue, también, uno de los primeros en descender de la nave, por lo que muchos pudieron ver con terror su extraña reacción al salir y hacer contacto con la atmósfera terrestre: se contorsionó, tembló y cayó de bruces sobre el asfalto de la pista de aterrizaje. En sólo algunos minutos cayeron los que le rodeaban.

La epidemia se extiende deprisa. Así empieza la extinción de otro planeta.



# ENTREVISTA A DAVID ROAS



Lo fantástico se ha convertido en un tópico de estudio en las disciplinas literarias. Uno de sus mayores expertos es el profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona David Roas. Roas ha dedicado parte de su labor académica a reflexionar y a estudiar el fenómeno de lo fantástico en la literatura. Además, no sólo desde los espacios de la crítica literaria sino también de la creación.

**Lo maravilloso, lo insólito y lo fantástico, de Todorov, ¿siguen siendo conceptos adecuados a la hora de aproximarse al estudio de la literatura fantástica y afines?**

Los conceptos de lo fantástico y lo maravilloso siguen funcionando perfectamente para identificar (y definir) las dos grandes categorías no miméticas. Por un lado, lo fantástico se construye a partir de la convivencia conflictiva de lo real y lo imposible; y la condición de imposibilidad del fenómeno fantástico se establece, a su vez, en función de la concepción de lo real que manejan tanto los personajes como los receptores: lo imposible es aquello que no puede ser, aquello que es inconcebible (inexplicable) según dicha concepción. Sin embargo, cuando lo imposible (o mejor dicho, lo que consideramos imposible en relación con nuestra idea de lo real) no entra en conflicto con el contexto en el que suceden los hechos, no se produce lo fantástico: ni los seres divinos (sean de la religión que sean), ni los genios, hadas y demás criaturas extraordinarias que aparecen en los cuentos populares, pueden ser considerados fantásticos, en la medida en que

en dichos relatos no interviene nuestra idea de realidad. En consecuencia, no se produce ruptura alguna de los esquemas que hemos desarrollado para pensar y explicar la realidad. Esta situación define lo que se ha dado en llamar literatura maravillosa (ahí caben desde los cuentos de hadas a El Señor de los Anillos o Harry Potter).

No sé si con el término “insólito” te refieres a lo que Todorov denomina “lo extraño”, un concepto poco útil, a mi entender, porque en el fondo se refiere a sucesos reales (tienen una explicación racional, aunque parezcan otra cosa). Digo esto porque varios teóricos actuales, como el brasileño Flavio García, conciben lo insólito como un macrogénero, una archiestructura sistémica –definida por su oposición al sistema real-naturalista- que incluiría, como subgéneros, diversas formas de la literatura no-mimética: desde lo estrictamente fantástico al realismo mágico y lo maravilloso. Una idea interesante, pero con la que no acabo de estar de acuerdo.

**Lo fantástico suele relacionarse con lo comercial. ¿Hasta qué punto usted cree que cierto sector del mundo académico ha dejado de lado el estudio o comprensión de lo fantástico por su, a veces, estrecha relación con el best-seller?**

Depende de qué tipo de obras fantásticas hablemos. Poe, Kafka, Borges, Cortázar, Lovecraft, Ballard, Fernández Cubas... son maestros de lo fantástico a los que el mundo académico ha prestado y presta mucha atención. Otra cosa son esos

productos comerciales a los que tú te refieres (que también debemos estudiar, para comprender qué ocurre con lo fantástico y géneros vecinos en el panorama actual). El problema de lo fantástico ha sido que en España y Latinoamérica (quizá con la excepción de Argentina) ha sido un género minusvalorado, considerado subliterario, por lo que ha empezado a estudiarse muy tarde. Dicha minusvaloración viene sobre todo de una injustificable consideración del realismo como la forma artística y expresiva 'superior'. Una idea de lo literario y artístico que ha empezado a corregirse muy recientemente. Algo parecido ha ocurrido, por ejemplo, con el humor y con otros géneros también considerados de segunda fila como el policíaco o la ciencia ficción.

**¿Tienen las Crónicas de Indias una base en lo fantástico? Y, ¿hasta qué punto la literatura medieval puede haber marcado nuestra concepción sobre lo fantástico?**

Yo no utilizaría el término fantástico para referirme a obras anteriores a finales del siglo XVIII. Lo fantástico es un género que presenta fenómenos, situaciones que suponen una transgresión de nuestra concepción de lo real, puesto que tales fenómenos son imposibles, inexplicables según dicha concepción. Y para que esa dimensión fantástica se haga perceptible, lo imposible debe aparecer en un mundo como el nuestro: ello permite hacer evidente el contraste, la perturbación que dichos fenómenos plantean. En otras palabras, el objetivo de lo fantástico es desestabilizar los límites que nos dan seguridad, cuestionar la validez de los sistemas de percepción de la realidad comúnmente admitidos. Y ello no ocurre hasta la llegada de la Ilustración, del Racionalismo. Hasta ese momento, podemos decir (hablando de un modo general) que

**“** *Lo fantástico es un género que presenta fenómenos, situaciones que suponen una transgresión de nuestra concepción de lo real, puesto que tales fenómenos son imposibles, inexplicables según dicha concepción.*

lo sobrenatural pertenecía al horizonte de expectativas del lector: fantasmas, milagros, duendes y demás fenómenos sobrenaturales eran parte de su concepción de lo real, no generaban, pues, el choque problemático con lo real que después definirá lo fantástico. Y esto ocurre así porque hasta el siglo XVIII conviven diversas explicaciones de lo real que se interconectan sin demasiados problemas: ciencia, religión y superstición.

La literatura medieval (el ciclo artúrico, por ejemplo) tiene una influencia clara en lo maravilloso y el fantasy: piensa en *El Señor de los Anillos* o en obras más recientes como *Juego de Tronos*.

**¿Es el español un idioma para lo fantástico? ¿Tiene lo fantástico en español alguna particularidad con respecto a lo fantástico en otras lenguas?**

Como cualquier otro. No creo que haya una lengua más apta (ni menos) para lo fantástico. Tampoco creo que haya particularidades específicas de lo fantástico en español que permitan distinguirlo de otros fantásticos, ni siquiera en aspectos puramente temáticos. Es cierto que podemos escribir relatos muy localistas, basados en elementos particulares de una cultura, pero también podemos escribir narraciones sobre

los mismos temas sobre los que escribe un estadounidense, un japonés o un mozambiqueño. Y no sólo porque podamos compartir una cultura ficcional que desborda lo puramente nacional o lingüístico (gracias a la literatura, el cine, la TV, el cómic, los videojuegos), sino también por la propia idiosincrasia de lo fantástico, porque como dijo el gran Bioy Casares: “Al borde de las cosas que no comprendemos del todo, inventamos relatos fantásticos para aventurar hipótesis o para compartir con otros los vértigos de nuestra perplejidad”... Y eso es una experiencia común a todos los humanos; da igual en las formas y fenómenos en los que encarnemos nuestros miedos.

**¿Qué autores vivos considera que son los que mejor están trabajando la literatura fantástica (en español u otros idiomas)?**

Menciono algunos de mis preferidos en diversas lenguas (sólo menciono autores vivos; los cito sin ningún orden, tal y como vienen a mi cabeza): Cristina Fernández Cubas, Fernando Iwasaki, Yasutaka Tsutsui, Iban Zaldúa, José María Merino, José Güich, Albert Sánchez Piñol, Félix J. Palma, Quim Monzó, Stephen King, Anna Starobinets, Alberto Chimal, Diego Muñoz Valenzuela... y paro aquí...

**Lo fantástico, lo científico y la tecnología. ¿Tienen estas tres nociones puntos de encuentro?**

Sí, aunque debemos dejar claro desde el principio que la ciencia ficción no pertenece a la categoría de lo fantástico; es un género aparte, autónomo. Digo esto porque son varios los críticos que definen la ciencia ficción como una variante de lo fantástico, tanto por su condición no mimética como, sobre todo, por su juego con lo insólito, pues

consideran que los hechos narrados son imposibles en nuestro mundo. Una concepción errónea (salvo en casos de hibridación con lo fantástico) debido a que olvidan que tales hechos tienen siempre una explicación racional, basada en avances científicos o tecnológicos humanos (eso justifica, a veces, la ambientación de las historias en un tiempo futuro) o extraterrestres. Por tanto, no son imposibles para las condiciones de mundo creadas en el texto, a diferencia de lo que ocurre en lo fantástico, donde los hechos narrados son siempre a-causales (los fenómenos fantásticos no tienen explicación posible ni en el mundo intratextual ni en el extratextual).

Dicho esto, no hay razón que impida que lo fantástico se combine con lo científico y tecnológico, siempre que el fenómeno narrado escape a la posibilidad de ser explicado desde la ciencia. Yo mismo he jugado con esa posibilidad en alguno de mis cuentos, como “Duplicados” (de mi libro *Distorsiones*, Páginas de Espuma, Madrid, 2010), donde parto de la paradoja del gato de Schrödinger para provocar una situación fantástica de imposible explicación.

**¿Cree usted que en el futuro lo que hasta ahora conocemos como literatura fantástica se leerá como literatura realista?**

Eso puede suceder con algunas obras, pero no con todas, puesto que lo fantástico plantea una subversión de lo real donde la ciencia poco o nada puede hacer porque jugamos con lo imposible. Si un día se demuestra (ja ja ja) que los fantasmas existen, quizá eso anule el miedo a los fantasmas, pero no el miedo a la muerte y lo imposible.

# DUPLICADOS

DAVID ROAS

-Si el universo se está expandiendo, un día se romperá, y eso será el fin de todo.

-¿Y eso a ti qué te importa? ¡Tú estás en Brooklyn! ¡Y Brooklyn no se está expandiendo!

Woody Allen, *Annie Hall*

**E**n 1937, el físico Erwin Schrödinger imaginó un experimento que consiste en meter a un gato dentro de una caja opaca en la que se ha instalado un peligroso dispositivo: sobre una ampolla de veneno pende un martillo, el cual, a su vez, está conectado a un mecanismo detector de partículas alfa; si éste es alcanzado por una, el martillo cae, rompe la ampolla y el gato muere. Junto al detector se coloca un átomo radiactivo con una característica especial: en el lapso de una hora puede emitir o no una partícula alfa; la probabilidad de que suceda una cosa o la otra es la misma: el 50%.

Evidentemente, al cabo de esa hora se habrá manifestado una de las dos posibilidades y el gato estará vivo o muerto. Pero no podremos saberlo si no abrimos la caja para comprobarlo. Las leyes de la mecánica cuántica nos dicen que mientras nadie mire en el interior de la caja el gato estará a la vez vivo y muerto. O lo que es lo mismo, se produce una superposición de los dos posibles estados. Al abrir la caja, el observador interactúa con el sistema y lo altera, rompe esa superposición cuántica y el sistema se decanta por uno de los dos estados.

A partir de esta paradoja, el físico Hugh Everett propuso en 1957 su teoría de los mundos múltiples o multiverso: el gato está vivo y muerto, pero en dos universos distintos, o paralelos.

Al entrar en la tienda de mascotas, sabía que iba a acabar arrepintiéndome. Y todo por culpa de mis alumnos. En la clase de ayer, tras explicarles la paradoja de Schrödinger, alguien propuso que lleváramos a cabo el experimento. Al principio lo tomé por una broma y volví a repetir que la tesis de Schrödinger no iba más allá de ser una simple paradoja, que se trataba de un experimento imaginario: importaba más como hipótesis que como prueba efectiva de la incertidumbre cuántica. Algunos protestaron. A ver si pensáis un poco, les dije, que la cosa no va mucho más lejos: si hacemos el experimento lo único que tendremos al abrir la caja será o un gato vivo o un gato muerto. No hay más. ¿No será que lo que os apetece de verdad es cargaros a un pobre bicho? Si queráis jugar con animalitos haber estudiado biología. Molestos por mi broma, algunos protestaron. Para defenderme les dije que usaran la imaginación (Si es que la Playstation no ha acabado definitivamente con ella) y que se olvidaran de torturar a un pobre gato. Si tanto les interesaba, les dije que leyesen un artículo publicado en

la revista *Nature* ([www.nature.com/nature/journal/v448/n7155/abs/nature06054.html](http://www.nature.com/nature/journal/v448/n7155/abs/nature06054.html)) en el que se mostraba cómo unos científicos del Instituto de Óptica de París habían logrado emitir un pequeño número de fotones en una superposición de estados incompatibles. ¡Un gato de Schrödinger óptico!, exclamé intentando que la cosa pareciera el no va más. Ni se inmutaron. El mundo subatómico no podía competir con un mamífero peludo. Como no quería más deserciones (“Mecánica Cuántica I” no es de las asignaturas más populares), fingí que me convencían. La verdad es que me apetecía ver la cara de decepción de mis estudiantes ante aquel experimento inútil. Lo malo es que eso podía provocar la muerte de un inocente animal.

El inevitable sentimiento de culpabilidad que empecé a notar tan sólo cruzar la puerta de la tienda, me obligó a comprar dos gatos. Así, si uno moría, cuidar del superviviente devolvería un cierto orden al Universo. En un arranque literario, los compré negros.

Esta mañana, al llegar a la Facultad, mientras preparaba el instrumental necesario para llevar a cabo el experimento, se me ha ocurrido realizar un ensayo. Todavía faltaban tres horas para mi clase y no estaba de más comprobar que todo funcionara bien (lo reconozco, no me apetecía fallar delante de mis quejosos estudiantes). La responsabilidad ha vencido a la culpabilidad y he decidido utilizar el segundo gato (todavía quedaban muchos en la tienda para, en caso de necesidad, apaciguar mi mala conciencia). Lo que no sospechaba es que con ello iba a provocar un cataclismo de proporciones astronómicas.

Después de acondicionar la caja y colocar en su interior la ampolla de veneno y los diversos aparatos, he procedido a meter en ella a uno de los gatos. No ha sido nada fácil: con una fuerza impensable en un bicho tan pequeño –quizá su hipersensible sistema sensorial le advertía de lo que iba a ocurrir-, se debatía como un loco, agarrándose al borde de la caja con sus afiladas uñas. Aunque, previsor, me he puesto unos guantes, no me he librado de sus arañazos y mordiscos. Al final, he tenido que sedarlo para poder cerrar la tapa. Sus desconsolados maullidos me han acompañado durante un buen rato. Ajeno a las protestas de su compañero, el segundo gato dormitaba plácidamente en su jaula.

El experimento ha dado comienzo a las 10 de la mañana. Dado que tenía lo que sin duda iba a ser una larga hora por delante, para entretener la espera me he puesto a ordenar las notas para un artículo que debo entregar la semana que viene. Pero la irritante sensación de estar perdiendo el tiempo con un experimento absolutamente inútil, me impedía concentrarme. He pensando bajar a la cafetería, pero no quería dejar al pobre gato solo. Podía despertar y al verse encerrado, sufrir un ataque de pánico y volverse loco.

Inevitablemente, me he proyectado en el gato, en su miedo al ser encerrado en aquel cajón oscuro, con los sentidos alerta esperando que algo –malo- ocurra. Y, de pronto, me he visto a mí mismo, de niño, acostado en la oscuridad de mi habitación, atormentado por el miedo, desde que vi en la televisión a un científico que hablaba acerca de cómo las galaxias

se alejaban de la Tierra a velocidades terribles. Toda mi infancia la pasé acojonado por culpa de la expansión del universo. Cada noche me atormentaban las mismas preguntas: ¿adónde iban esas galaxias?, ¿el universo podía expandirse sin cesar?, ¿qué pasaba si se llegaba al límite de esa expansión?, y, sobre todo, ¿YO podría escapar si eso ocurría? Tumbado en la oscuridad, los minutos antes de dormirme eran un auténtico suplicio.

En cierto modo eso fue lo que me decidió a estudiar física. No para poder idear –infantilmente– una escapatoria a esa hecatombe que se augura como final para la expansión imparable del universo, sino para comprender mejor el funcionamiento de nuestro mundo. Además, la huida es imposible: cuando las galaxias colapsen, todo terminará. Las leyes de la física y la termodinámica son muy claras al respecto. Pero eso ocurrirá pasados varios miles de millones de años y yo ya habré muerto para entonces. Además, mucho antes del gran colapso final, el Sol ya se habrá apagado y al Big Crunch no asistirá ningún espectador terrestre. Algunos científicos hablan de escapar a otro universo paralelo en mejor estado que el nuestro, pero, por ahora, eso es pura entelequia.

Cuando he vuelto al presente, el reloj marcaba las 10 y 35. He empezado a sentirme imbécil sentado ante la caja, esperando absurdamente el final de un experimento que no lleva a ningún lado. De pronto, la caja se ha movido y el gato ha empezado a gruñir de nuevo. Su colega del exterior le ha respondido con un largo maullido. Y, como si eso fuera una señal para acabar con aquella estupidez, he decidido levantar la tapa.

Ni Schrödinger ni Everett (ni Feynman y otros popes de la mecánica cuántica) habrían nunca imaginado lo que me esperaba en el interior de la caja: dos gatos negros idénticos. Uno, con el pelaje erizado, me miraba con ojos inyectados de rabia; el otro ha lanzado un lastimero maullido e inmediatamente se ha desplomado. Muerto. La superposición cuántica en todo su esplendor.

Y entonces –no se me ocurre otra manera de expresarlo–, el tejido del espacio se ha resquebrajado. En el mismo instante en que he mirado en el interior de la caja, un destello cegador ha surgido de ésta, seguido de un calor sofocante y una desagradable vibración. La onda expansiva me ha arrojado al suelo. A cámara lenta y en absoluto silencio, lo que había a mi alrededor y yo mismo se ha duplicado, como si ante mí se desplegara un enorme espejo que reflejaba todo lo que había en la habitación. Mi otro yo me ha hecho un gesto que podía significar cualquier cosa. En sus ojos he leído el terror. Y, de pronto, el laboratorio gemelo y mi otro yo se han alejado de mí a una velocidad inverosímil. He visto nítidamente cómo una y otra realidad se separaban. Tras esa vertiginosa disyunción, todo ha recobrado su aspecto habitual. En el reloj de pared todavía eran las 10 y 35. He vuelto a mirar en el interior de la caja: el cadáver del gato negro atestiguaba que el experimento había ocurrido. Que no era una alucinación. Inmediatamente, me he asomado a la ventana del laboratorio. Todo parecía normal, como si nada extraño hubiera ocurrido: el sol brillaba como en cualquier otra mañana de mayo, varios estudiantes se dirigían hacia la puerta de la Facultad, otros fumaban en corro charlando animadamente, la

señora del quiosco entregaba un periódico a una estudiante... La cotidianidad seguía inalterable su curso, felizmente ajena a lo que he provocado. Me parece tan imposible que nadie haya notado nada, como que el propio acontecimiento realmente haya ocurrido. Es absurdo que por levantar la tapa y, de ese modo, interrumpir el proceso tal y como lo había diseñado Schrödinger, se haya producido la duplicación del gato y, me siento aún más estúpido por pensarlo, del propio universo. Como si por impedir que la incertidumbre cuántica se resolviera, los dos estados de probabilidad que coexistían en la segura oscuridad de la caja tuvieran el mismo derecho a continuar existiendo una vez que he levantado la tapa y he mirado en su interior. Sea como sea, mi interacción con el sistema ha resultado excesiva para la estabilidad del universo. El continuo espacio-tiempo en el que hasta hace un rato habitábamos se ha dividido por la mitad y ha generado —no se me ocurre otra explicación mejor— un nuevo universo. Nuestro doble. En ese momento, me he sentido como un dios. Y también como un gilipollas. O, mejor, como un dios gilipollas: no me hace nada feliz haber creado un doble de nuestra miserable realidad. La idea de que nuestro absurdo mundo tenga un hermano gemelo donde se repita todo lo que somos, resulta insoportable. Aunque quizá allí las cosas sigan su propio rumbo. A mejor. Y me he puesto a imaginar qué estará haciendo mi otro yo en esa otra realidad: si también se estará devanando los sesos para entender lo que ha ocurrido. Porque para él debe ser lo mismo: él ha creado un doble de su realidad. Y seguro que tampoco se siente orgulloso de haber provocado ese desastre. Pero sobre todo he pensado en el gato que le acompaña en ese mundo disociado: resulta inquietante que sea el único elemento de ese universo que no tiene un doble a este lado, pues su gemelo está muerto. Un ser incompleto, asimétrico.

Llevo largo rato junto a la ventana. Un nuevo maullido me saca de mi estupor. Enfoco de nuevo mi vista en el exterior. Y, de pronto, siento un extraño hormigueo. Aunque la realidad sigue pareciendo la misma que he contemplado en infinidad de ocasiones (el quiosco, la puerta de entrada a la Facultad, los alumnos, ahora veo pasar a Martínez, el catedrático de Química, que al verme en la ventana me saluda con la mano...), todo ha adquirido, ¿cómo decirlo?, un nuevo tono. Con un gesto automático, me restriego los ojos y vuelvo a mirar. Todo parece recuperar su aspecto, su tono. La sensación ha sido fugaz, pero ¿es en verdad la misma realidad que hace unos instantes? ¿La recuerdo exactamente así o modifico mi recuerdo con su apariencia de normalidad, de regularidad? Es cierto que he mirado cientos de veces por esta ventana, pero podría haber inapreciables diferencias que escapan a mi percepción. Lo único cierto es que nadie parece notar nada. Quizá soy yo el que está fuera de lugar.

Ya es la hora de mi clase. Los alumnos me esperan y no tengo excusa para no acudir. Cojo la caja y el segundo gato y me dirijo pausadamente hacia el aula.

# RENARD Y LOS PROBLEMAS DEL VIDRIO

ENZA GARCÍA

Después de tropezarse con la disputa entre Florentino y el Diablo, nuestro zorro se encontró muy cansado y distraído, rumiando la autoridad de la noche y de los versos. En su mochila apenas le quedaba una ración de jamón de conejo y dos catalinas. Qué problema: por un segundo quiso volver a casa de su madre, pero luego recordó que la libertad era, al menos, muy interesante. Ya contaba diez noches de camino y la sabana no se terminaba nunca. Las estrellas se movían con una indiferencia caprichosa y los grillos acompañaban cada paso con su crepitar atorrante. Era bueno ser un zorro joven, lleno de vida y algunas pulgas.

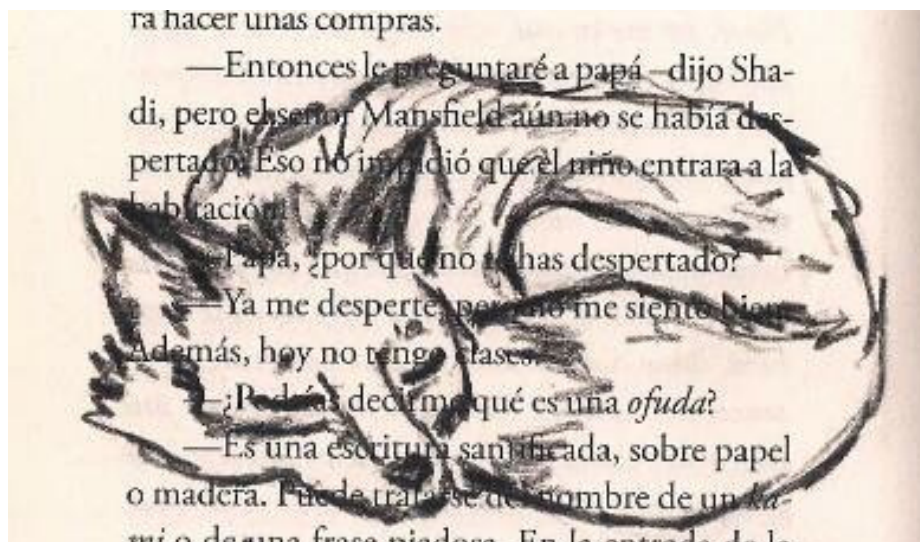
Entonces se quedó dormido donde no debía, cuando un cazador de barba gris lo atrapó, y decidió llevarlo como ofrenda para su hijo de diez años, que había dejado de hablarle un mes atrás. ¿Por qué un niño deja de hablarle a su papá? Porque está triste. El niño de esta historia se llama Renard Antonio Jeux. Y «Renard» es la palabra en francés para decir «zorro». Por eso el señor Jeux pensó que semejante regalo, intranquilo y peludo, haría feliz a su muchacho.

Así fue como Renard conoció a un amigo. Al principio el zorro estaba fastidiado, en sus planes no estaba mudarse a una casa llena de gente para que lo acariciaran y después lo encerraran a la hora de dormir. Pero al rato descu-

brieron que podían hablar con palabras que vibraban en sus cuerdas vocales, y esto resultó muy interesante e inesperado. ¿Por qué sucedían esas cosas?

Renard vivía con sus dos abuelas. La abuela francesa, que llegó en barco y se vestía de negro, era bruja. La abuela llanera, que nació entre el monte y las cigarras, se vestía de blanco y también era bruja. Estas abuelas se odiaban mucho y peleaban todo el día, lanzándose embrujos que a veces salpicaban a los inocentes. La abuela blanca le había dado a Renard el poder de entender a los animales y la abuela negra el poder de viajar en el tiempo. Por eso Renard tenía un corazón generoso pero también un corazón preocupado. Uno siempre cree que los niños entienden pocas cosas, pero ellos piensan mucho cuando se quedan solos, piensan en la sabana y en lo que está más allá de sus límites, piensan en por qué sus padres ponen ciertas caras o en por qué la noche habla con algunos ruidos. Los niños saben que los fantasmas no están hechos de trapos blancos que flotan en un pasillo oscuro, sino de luces inesperadas que se prenden en uno cuando recordamos un juguete amado o el olor de mamá antes de ir a dormir. Renard conocía la flojera de las iguanas, los terrores de los chigüires y la crueldad de los caimanes. Renard corría junto a los conejos y soñaba que huía de las fauces de perros gigantes. Había conocido también a su propio padre cuando este era





pequeño, en otro país, y a su madre, su hermosa madre de largos cabellos negros rodeada de muñecas y pájaros. Sabía mucho sobre las cosas que le importaban y por eso a veces no podía dormir.

Finalmente, Renard se encariñó con el zorro y le dio su propio nombre, casi, pero con una O al final. Renardo y Renard corrían entre los becerros y las gallinas. El señor Jeux estaba contento porque su hijo ya no estaba tan enojado con él, y hasta lo acompañaba por el monte a patrullar las fronteras.

—Te parece al cuento del tío Antoine, domesticaste al zorro —decía el señor Jeux.

Pero la felicidad siempre molesta a alguien. La bruja negra estaba celosa de esta nueva amistad. —Ese zorro tiene algo, ese zorro hará más fuerte a mi nieto y no me conviene.

La bruja negra planeaba sacrificar a nuestro niño para alcanzar la juventud perenne (que es lo que siempre quieren la viejas fastidiosas del mundo entero) y apoderarse de la hacienda (niños, un día tienen que leer a Rómulo Gallegos para que entiendan por qué todo el mundo se quiere robar las haciendas ajenas), y de paso, deshacerse de la fastidiosa bruja blanca que no la dejaba vivir en paz, con su buen corazón y su jalea de mango que a todo el mundo le encantaba. Por eso la bruja negra hizo unas galleticas. Junto

con la harina y los huevos mezcló plumas de gallo viejo, corteza de indio desnudo y sangre de caballo recién nacido. Después de un rezo incomprensible, tanto que aquí no podemos repetirlo, horneó el dulce fatal y con una de las muchachas de la cocina se las mandó a su nieto, en nombre de la abuela blanca. Porque sabía que tanto al niño como al zorro les encantaban las galletas. Renard no las probó porque estaba dormido, la misma bruja negra lo mandó a dormir con un embrujo, el embrujo de *poli-llax flojerada*. Pero Renardo se comió todo lo que había en el plato, que era lo que la bruja quería. Entonces el zorro se durmió y tuvo sueños sobre su vida en otros montes; y cuando despertó, supo que algo terrible había pasado. Sus huesos eran de vidrio. De vidrio, imagínense eso. Si ustedes y yo nos despertáramos con los huesos de vidrio tendríamos que asustarnos mucho: ya saben lo que pasa, por ejemplo, si dejamos caer un vaso o si lanzamos una piedra al vidrio de las ventanas. Del susto, Renardo se montó en la cama de Renard de un solo brinco, y pum, se rompió una costilla. El aullido doloso despertó al durmiente y entonces lloraron un rato. —Pero encontraremos la solución —dijo Renard con la cara muy grave—. La abuela blanca nos dirá qué hacer, y si es necesario, ¡iremos a la guerra!

# UNA NIÑA LLORA Y NADIE, SABE POR QUÉ

FERNANDO VANEGAS

No recuerdo en qué momento ni por qué razón empezó a llorar aquella niña, pero motivos no faltaban. La camioneta no tenía aire acondicionado y algunos pasajeros estaban de pie porque preferían el cansancio a quedarse varados en el camino. El plan era recorrer cuatro estados en una noche. Yo debía llegar a la inauguración de un festival a la mañana siguiente y apenas estaba empezando el viaje. Tenía gotitas de sudor acumuladas bajo la nariz, a ratos se escuchaba el zumbido del motor amenazando con rendirse, llovía y las ventanas estaban cerradas, dentro de aquellas paredes metálicas todo se resumía a esperar que algo sucediera, a que por alguna razón el mundo acabara de repente.

Por azares de la vida llegué tarde al aeropuerto, había perdido el vuelo y, luego de buscar alguna forma de llegar a mi destino, allí estaba, metido en un asiento hediondo, junto a un hombre que me hablaba sin que pudiera comprender qué decía. Todos mis compañeros de viaje estaban tan desesperados como yo, pero yo era el único que parecía no entender cómo las cosas podían estar tan mal por tanto tiempo.

Salí de casa a las cuatro de la tarde y a media noche iba en la mitad del camino. El viaje se hacía en dos partes, por lo que tuve que cambiar de vehículo, pasarme a una camioneta más pequeña y más atestada que me llevaría, ocho horas más

tarde, a mi destino final. Miré por la ventana, hacia la carretera, buscando consuelo porque sabía que el resto del viaje sería una mierda, y vi algunas casas dispersas en lo profundo del monte que se extendía a lado y lado. Vi el cielo más estrellado que había visto nunca y sentí la brisa fría cuando comenzamos a rodar. Pensé, por error, que el viento y las estrellas me ayudarían a pasar el mal rato. Tres horas más tarde, el cielo estaba nublado, sin rastro de aquellas luces, y la brisa me pegaba sin tregua en el rostro haciendo que me ardieran los ojos. No tenía consuelo alguno.

Los hombres que viajaban de pie en el pasillo eran militares, no iban tan lejos como yo, pero igual en su rostro se notaba el agotamiento. Si mi miseria era horrible la de aquellos tipos, que ni siquiera podían intentar dormir, debía ser el infierno. Durante un rato creí que debía darle mi asiento por unos minutos a alguno de ellos, por eso de ser buena persona, pero imaginarme en su lugar, parado en medio de todo aquello, me hizo desistir de inmediato. Además, allí sentado tampoco se podía conciliar el sueño, el chofer debía mantenerse despierto a toda costa y se valió de una variada selección de canciones, entre rancheras y vallenatos, para conseguirlo. Alguien le gritó que por favor apagara la música y este se limitó a subir el volumen para ahogar los gritos. Solo un hombre parecía dormir plácidamente al final del pasillo, cosa que me resultaba

imposible de imitar. La música retumbaba sobre nuestras cabezas y todos nos mirábamos sabiendo que ese infierno aún estaba lejos de terminar, muchos kilómetros y muchas horas lejos de terminar.

Al frente veía cómo la camioneta se tragaba los trazos de asfalto, cómo las luces intentaban mitigar la penumbra que teníamos en frente sin éxito. A veces pasábamos por pequeños poblados adornados con postes de luz que iluminaban parcialmente el interior del vehículo y que dejaban ver las expresiones de los demás pasajeros. Además del cansancio de los militares, que seguían de pie, vi expresiones de aburrimiento, de impaciencia, de odio. Yo también debía tener un poco de todo aquello. El sudor me bajaba desde el cabello hasta la espalda, pasando por el cuello y empapándome la ropa. Imagino que todos estaban como yo, algunos incluso peor que yo. Cuántas veces ha estado alguien en mi posición, cuántas veces la vida se ha hecho insoportable hasta este punto. Las gotas saladas me caían desde la frente hasta los labios, sin la esperanza de un aliento fresco que llegara de algún lado para mitigar el aire que se había vuelto sucio e irrespirable.

La vía era desconocida, nunca había estado allí, así que no podía imaginar dónde estábamos ni qué tan lejos quedaba la ciudad a donde iba. Todo era incertidumbre, música y sudor. Nos detuvimos en una estación de servicio y el chofer anunció que teníamos veinte minutos para descansar antes de continuar la travesía. Algunas personas se quejaron de la música a gritos, pero él se hizo el desentendido. Bajé, pedí un jugo de naranja y caminé por los alrededores para matar el tiempo. Fui al baño a mear y a lavarme la cara y en la entrada una

mujer me pidió dinero, había que pagar para entrar, rebusqué en mis bolsillos y no encontré la cantidad adecuada. O paga o no pasa, respondió fulminante cuando le dije que no tenía para pagarle, así que me alejé de la multitud en busca de un rincón oscuro donde poder orinar sin costo. En eso estaba cuando escuché a una pareja de jóvenes discutir cerca de mí, no alcancé a entender qué decían así que me fui de allí, de vuelta al restaurante donde los demás pasajeros esperaban.

Luego de un rato era hora de seguir y justo antes de montarme vi al chofer hablando con la misma pareja de jóvenes que había escuchado antes, venían acompañados por una niña de unos cuatro años, morena, que usaba un vestido de flores y tenía los ojos grandes y enrojecidos. Los nuevos pasajeros se acomodaron en un lugar detrás del asiento del conductor, y proseguimos con aquella tortura casi seguros de que, inevitablemente, debíamos estar acercándonos al final.

La verdad es que no sé en qué momento ni por qué razón empezó a llorar aquella niña, quizá estaba llorando desde antes de montarse, pero recuerdo claramente cómo su llanto comenzó a crecer, a hacerse más sonoro, más triste y desesperado. Al principio no era más que el lloriqueo común de la infancia, luego comenzaron los gritos, los poderosos gritos que nos arrancaron a todos de la hipnosis producida por el calor y el tedio del viaje. La mamá le murmuraba que se callara, que al llegar la castigaría, pero la niña no dejaba de llorar. Los murmullos iban y venían, el insoportable llanto se unió a las ya conocidas desgracias que nos estaban golpeando la cara y la situación se volvió insostenible.

Uno a uno los pasajeros se fueron levantando, le gritaban a la madre de la

niña que hiciera algo, que por favor la callara, pero todos sus intentos eran en vano. No solo gritaba sin sentido, sino que llamaba a su mamá entre mocos, lágrimas y la estridencia de la música, la llamaba como si no estuviera ahí a su lado. Una mujer se levantó, dijo que sabía cómo calmar a un niño desesperado y empezó a acunarla en sus brazos, a susurrarle quién sabe qué canciones que hicieron cesar el dolor de la niña del vestido de flores. Por un instante todos estuvimos en paz, pero la señora llegó a su destino, en algún punto del camino le devolvió la niña a su madre y se despidió de nosotros, dejándonos nuevamente a solas con el llanto que había vuelto, peor que antes, como si acabara de nacer y no tuviera ya una madrugada castigándonos.

Algunos decían que la niña estaba poseída por algún demonio de carretera, otros gritaban sin más motivo que liberar la agonía que tenían en la garganta. La madre no sabía qué hacer. Intentaba taponarle la boca con las manos, pero los lamentos ahogados lograban escapar y superar la música. La desesperación estaba en todos los corazones que veíamos a la niña retorcerse y gritar. Que le dieran una cachetada, que le dieran un caramelo, que la bajaran y la dejaran en el camino. Nadie sabía qué hacer con aquella niña que lloraba y pedía a su mamá. La desgracia no nos dejaba pensar, solo queríamos algo de silencio, queríamos perdernos en el sueño hasta escuchar una voz diciendo que por fin habíamos llegado. El llanto se prolongó, la garganta de la niña parecía inmortal, su voz era la de una valquiria herida por quién sabe qué dolor ajeno a nosotros.

Luego de mucho tiempo, de muchas ideas descabelladas y de

muchas disculpas de la madre, el hombre que dormía al final del pasillo despertó en medio del alboroto, de los gritos, el llanto y las rancheras. Estaba consternado. Alguien le explicó lo que sucedía y, aunque al principio lucía confundido, finalmente pareció comprender. Pidió que le diéramos un momento y empezó a rebuscar entre sus cosas hasta dar con un pequeño frasco de vidrio que contenía unas pastillas blancas y anónimas. Siempre me las tomo antes de viajar, me ayudan a dormir, dijo el hombre acercándome el frasco, y yo comprendí cómo hacía para estar tan tranquilo en medio de aquel caos. Denle una a la niña y verán cómo se duerme.

Llegué a la ciudad con tiempo de sobra para ir a la inauguración del festival, me hospedé en un hotel al que me llevó un amigo, tomé una ducha de agua helada y decidí acostarme a recobrar las fuerzas. Estaba agotado, pero no podía dormir. Paseaba por la habitación y recordaba a la niña, su llanto desesperado, un lamento doloroso como el que había escuchado tantas veces en otros niños, pero a la vez tan distinto, tan real. Sus gritos eran de auxilio, pedía a su madre con una amargura desconocida para mí, a su madre que estaba ahí, con ella, en medio del calor.

Cuando le dieron la pastilla la niña aún gritaba llamando a su mamá. Siguió llorando por unos minutos más, pero ninguno de nosotros la escuchó. Estábamos felices porque ya no padeceríamos más aquel llanto, aquellos lamentos que tanto nos incomodaban. Estábamos felices y en medio de aquella felicidad nadie podía pensar, nadie se preguntó si acaso la niña estaba enferma, si acaso le dolía algo o si, quizá, gritaba desesperada porque aquel hombre no era su padre ni aquella mujer su madre.

# POEMAS

LEONARDO ALEZONES LAU

## COLLAGE

¡padre ignacio!  
¿porqué hizo subir al niño a su habitación?  
“puedo dejarlo cuando quiera”  
un vigilante viendo la t.v.  
jóvenes molestos entonando la misma melodía  
frenesí para los sentidos  
hace rato tarareamos otra canción de cuna  
volvamos al panorama  
cada vez alcanza para menos el sueldo  
quiero ser el primero en incendiar todo  
cuando el pasaje aumente  
(harina en los supermercados)  
mandar a reencauche mi mandíbula  
sucumbir ante la xenofobia  
las gárgolas no dieron suficiente tormento  
al alma de ese párroco que se maquilló en lo  
oscuro

## TRASLUZ

corre el diablo y lleva entre dientes el ángel que  
fue  
la montaña de sus pieles  
el corcel que teme a los lobos  
disfrazado en seda de trapiche  
porta en los ojos una negritud  
que agranda por sobre toda majestad  
cuando hiede su temblor en los candelabros  
y la puerta es lo único entre él y los fuegos

# POEMAS

MARÍA JESÚS CAMUS

I

Siémbreme en lava y cántame una canción  
dulce,  
Tómame las lenguas y clávalas en palabras  
nobles,  
Engéndrame lagartos y párelos por mí,  
Extírpame los nombres, extírpame la raza,  
Asesina a mis padres y entiérralos junto a mí.

II

Maldita usted  
Maldita toda usted con todo lo que conlleva  
Malditos todos y cada uno de sus umbríos murciélagos  
Y que malditos sean los costales de arena que arrastra por  
el asfalto.  
Malditas sus visitas y malditos por siempre sus caminares  
Malditas sean sus venas y mil veces malditas sean sus  
noches.  
Yo la maldigo como quien maldice a las bestias y alimañas.  
Yo la maldigo como quien maldice el mal tiempo para la  
siembra.  
Yo la maldigo como quien maldice.  
Y yo la adoro, ¿sabe?  
La adoro lentamente  
Como quien adora con ternura a su cría bañada en magma.

# POEMAS

MARÍA FERNANDA TORO

El día de la hoguera  
mis papeles  
trazaron la ruta del fuego.  
Conocí el asalto de luz  
el tránsito que consume las hebras, la madrugada.  
Oí el crepitar de los calderos  
mis improperios  
arrojados,  
hechos ceniza  
humo que sube a donde revienta la lluvia.  
Creí en el eco  
como travesía:  
volvían las palabras  
con el primer amago de sol.  
Como si no existiera quimera  
lugar para dejar todas las lenguas.

Esta ciudad anudada de laberintos a nuestros pies. Como si  
fuésemos nosotros los que urdimos la metáfora de la tarde  
entre botellas que traslucen al sol.

De noche:  
caminamos en susurros para no despertar a quienes nos  
acechan. Para ser más rápidos que ellos y engullirlos: esta  
vez nosotros.

# CANTERA

---

REVISTA LITERARIA

---

1. f. Sitio de donde se saca piedra, greda u otra sustancia análoga para obras varias.
2. f. Talento, ingenio y capacidad que muestra alguna persona.
3. f. Lugar, institución, etc., de procedencia de individuos especialmente dotados para una determinada actividad.
4. **Revista literaria**

**[www.revistacantera.com](http://www.revistacantera.com)**  
**@revistacantera**